LA JOVEN CAUTIVA (1)

Andrè Chènier

La espiga crece a vista del segador sombrío;
del lagar sin temores el pámpano en estío
se ve de estrellas relucir;
y yo, robusta, hermosa y en la flor de los años
aunque padezca ahora tristeza y desengaños
¡no quiero tan pronto morir!

¡Que impasible un estoico se lance tras la Muerte!
Yo sollozando espero. Del norte al soplo fuerte
puedo la cabeza levantar;
¡Si hay horas tristes, horas conozco de ventura!
¿Hay miel que no fastidie con su grata dulzura?
¿Existe sin borrascas un mar?

La ilusión es la fuerza que entre mi pecho habita;
en vano el peso siento de la prisión maldita
pues guardo esperanzas y amor.
De la jaula escapado con sigiloso vuelo,
más vivo, más hermoso por el azul del cielo
vuela trinando el ruiseñor.

¿Debo morir? Mis horas en plácido contento
deslícense tranquilas; ningún remordimiento
me puede la calma turbar.
Mi bienvenida al día ríe en todos los ojos
y a mi aspecto las frentes que abaten los enojos
se ven al punto reanimar.

(1) La joven duquesa de Fleury, cautiva en la misma prisión en que se hallaba Andrè Chènier, dejó escapar esta sublime exclamación: *je ne veux pas mourir encore.* Tal es el origen de esta sentidísima elegía, quizá la mejor del gran poeta.

¡Lejos está mi viaje feliz de su destino!
Partí; de los arbustos que adornan el camino
sólo los primeros pasé.
En el festín del mundo apenas comenzado
tan sólo un breve instante mis labios han gustado
la copa que aún llena se ve!

Estoy en primavera y quiero ver las mieses,
y como el sol, que marca de la estación los meses,
debo mi curso terminar.
Brillante sobre el tallo y honor de los jardines
vi apenas de la aurora los pálidos carmines
y anhelo mi jornada acabar!

¡Espéra, Muerte; espéra! ¡No muestres tu figura!
¡Vé a consolar los pechos que sórdida tortura
hace desesperar y gemir!
¡Para mí Palas guarda retiros todavía,
el Porvenir encantos, las musas armonía!
¡No quiero tan pronto morir!....

También cautivo y triste yo despierto mi lira
al oír a la joven que por vivir suspira
en un arranque pasional,
y el peso levantando de mi feroz tormento
amoldo mis canciones al armonioso acento
de aquella voz angelical.

Estos versos, nacidos en la prisión odiosa,
harán que algunos quieran de la cautiva hermosa
el dulce rostro conocer:
¡tánta gracia lo adorna que anhelarán como ella
detener a la muerte los que cerca a la bella
miren las horas perecer!

NICOLAS BAYONA POSADA

Universidad del Rosario | Archivo Histórico